

ARTÍCULOS

El hombre que pisa todos los charcos

POR JUAN CRUZ

Lo crucifican por todo, incluso por lo que no dice. En la última columna de su actual temporada ("También uno se harta", *EPS*, 11-3-2018) ya expresa ese hartazgo de ser el blanco de las iras de quienes no lo leen, sino en los resúmenes que escupan sobre lo que él opina. "Yo no escribo para pronocar, sino para intentar pensar lo no tan pensado", dice. Una breve referencia a Gloria Fuertes, santificada en su centenario incluso por quienes la leyeron cuando tocó la campana de la unanimidad, le costó insultos: que se calle Marias. Y él simplemente había pensado sobre lo no pensado. Anameta. En todos los charcos se mete: en los de la política, en los de lo que se hace en los del periodismo, en los de lo políticamente correcto. Y por todo alcanza, no importa que diga lo contrario de lo que se proclama que dijo. Él piensa sobre "lo no pensado", y este es el charco mayor de sus entretimientos.

Los que no lo han leído y sin embargo ya saben todo lo que dijo para explicar por qué seguirán no leyéndolo harían bien en hacerse con este volumen que recoge lo que escribió en *El País Semanal* desde febrero de 2015 a enero de 2017. El volumen se titula como la última columna de la serie, *Cuando los tontos mandan*. Y la verdad es que no podría tener mejor emblema esta recopilación, pues la mayor parte

de sus artículos avisa de lo que ocurre cuando, en efecto, aquellos que él encuentra haciendo o diciendo tonterías mandan en la sociedad que nos es contemporánea. Por muchos de esos artículos se armaron grandes incendios (dentro y fuera de la Red). Leídos conjuntamente ofrecen, sin embargo, un aire de moderación que sitúa a Marias en un escritor más bien comprensivo con el desastre que nos rodea. Porque algunas de sus reflexiones han quedado sobrepasadas (en Madrid, en Cataluña, en el Gobierno, en los Gobiernos, en la puta calle) por desastres mayores ocurridos en los charcos en los que se suele meter Marias.

Su capacidad de desmontar lo obvio irrita a los que lo siguen de reojo. Para explicar el infierno cotidiano que él contempla y disecciona utiliza una vieja técnica que el periodismo haría bien en recuperar. No hay una columna de Marias que no proceda de la información o de la estadística. O de la experiencia propia, explicada hasta en sus más íntimos detalles. Y no hay un solo juicio que no tenga el valor de haber sido dilucidado por su manía de pensar lo no pensado. Él solo aporta, con las noticias que da, un punto de vista que entra por la puerta trasera, allí donde otros no se fijan, o por comodidad o por otras conveniencias. Marias es un escritor dotado, también en sus novelas, para mirar hacia todas las dimensiones del paisaje humano. Y a hacerlo con libertad, humor y rabia, como los mejores que ha habido de su clase. Es fuera del contexto donde halla su contexto; desarrolla sus opiniones desde una posición excéntrica, y eso no se perdona, pues es más rentable opinar para obtener aplauso que para excitar un pensamiento crítico. Leerlo ahora todo seguido explica muy bien al Marias civil, y desmiente a ese Marias que, según algunos, es *trending topic* (qué será eso, se pregunta) porque todos los días se levanta quisquilloso. Léanlo entero, verán que los quisquillosos son los otros. Léanlo entero, y léanlo todo. Méntanse en sus charcos, saldrán más limpios.

Cuando los tontos mandan

Javier Marias
Alfaguara, 2018
300 páginas. 18,90 euros



Restos del avión que estrelló Andreas Lubitz en 2015. EMMANUEL FOUJROT (REUTERS)

NARRATIVA

Sublime tecnológico

Ricardo Menéndez Salmón publica una parábola filosófica sobre el sacrificio de la humanidad en el altar del progreso

POR CARLOS PARDO

Desde su celebrada *Trilogía del mal*, Ricardo Menéndez Salmón (Gijón, 1971) se ha caracterizado por dar nueva vida a la llamada novela de ideas. En aquel ascido al concepto abstracto del "mal absoluto", encarnado en unos personajes insensibilizados, el estilo lacónico jugaba a favor del autor. En sus últimas novelas, singularmente en *El sistema* (2016) y en esta *Homo Lubitz*, la tendencia a lo alegórico opera también en la elección de un idioma complejo, prismático, que se eleva por encima de lo que entendemos por realismo (que suele equivaler a una falsa neutralidad). La prosa de Menéndez Salmón es más realista de lo que el realismo literario propugna, ya que describe no sólo por lo que denota, sino por la elección de un léxico, a la vez elevado y escatológico, que pretende una descripción totalizadora del mundo. Es un estilo que podemos definir (en alianza con la tesis de fondo de esta parábola filosófica) como "sublime tecnológico". Un acierto, pero también uno de los motivos de la morosidad de la lectura de *Homo Lubitz* (y uno llega a echar de menos monedas de curso corriente, es decir palabras gastadas por el uso).

Digamos algo de la trama. En 2025, una corporación que gobierna secretamente el mundo envía a O'Hara a China para firmar un contrato farmacéutico. Poco después, su jefe, el vampírico Control, le encarga la misión de encontrar el paisaje real que se esconde detrás de una fotografía. Y un poco más adelante, O'Hara se ve envuelto en un involuntario proceso eugenésico. Añadamos que O'Hara siente una fascinación morbosa por los accidentes y por Andreas Lubitz, el piloto alemán que en 2015 estrelló voluntariamente el Airbus de Germanwings en los Alpes, matando a 149 personas. ¿Una trama gratuita? Sin duda. Y no es lo único gratuito en *Homo*

Lubitz, plagado de referencias artísticas con voluntad de poética. Quizá su coherencia sea menos importante que la capacidad de tocar ciertos temas: el accidente y el número, la suplantación y el simulacro. Esta impugnación de la trama es teorizada con la ejemplar aparición del director de cine David Cronenberg: "Lleva retratando los miedos contemporáneos hace décadas", escribe Menéndez Salmón. "Ha despojado al público de sus cómodas ficciones con argumento, nudo y desenlace". Por eso, lo que comienza como un *thriller* pronto se convierte en una deliberada sucesión de estampas apocalípticas sin mayor tensión, una relectura del mito fáustico. En particular, es el segundo *Fausto* de Goethe el que sobrevuela en *Homo Lubitz*: el mefitofélico Control, el sacrificio de la humanidad por la trascendencia del progreso... Esta también es la tragedia del hombre en la época del desarrollo técnico, pero si en Goethe asistíamos a la primera crisis del individuo contemporáneo, el O'Hara de Menéndez Salmón es ya un hombre poshistórico o poshumanístico.

Quizá este personaje sea el responsable de que *Homo Lubitz* no termine de sostener el ambicioso proyecto de Menéndez Salmón. Si uno piensa en las grandes novelas alegóricas que le sirven de modelo, estas sobreviven gracias a la creación de personajes que catalizan las contradicciones de un tiempo: por ejemplo Huguenau, citado en el epígrafe que abre la novela. O'Hara, es "síntoma de las nuevas parusias", escribe Menéndez Salmón. Es decir, síntomas de una sola idea, pero no catalizadores de diversas cosmovisiones.

Homo Lubitz

Ricardo Menéndez Salmón
Seix Barral, 2018
272 páginas. 18,50 euros

NARRATIVA

Ejercicio de esgrima

POR LAURA FERNÁNDEZ

Jon Bilbao (Ribadesella, 1972) perfecciona, a cada nuevo libro —y ya van tres novelas y cinco antologías—, su peculiar y, a ratos, muy anglosajón don para aquello que Roberto Bolaño llamó el ejercicio de esgrima, esto es, el juego de movimientos narrativos impolutamente perfectos que huye de la monstruosidad de la novela, y que a menudo se presenta en forma de cuento, o *nouvelle*, un cuento de situación que, en su caso, siempre ahonda en las consecuencias del acto que lo desencadena —el fin no es el extravagante accidente de coche que se lleva por delante al hijo de tu mejor amigo, sino lo que ocurre después con vuestra amistad, eso hay en el centro de "El peso de tu hijo en oro", relato de su anterior colección *Exploramosculinidades*, *Estrómboli*—, en la exploración del abismo que se abre tras la toma de una decisión. En este, subtitulado, *Triptico de la soledad*, la decisión tiene que ver, claro, con el aislarse del mundo, con el confinarse en: a) una columna, b) una abrupta meseta, c) una torre, con un fin que no es el que parece: el estilista dice querer alcanzar a Dios cuando lo que pasa es que es un misántropo que se siente por encima del resto; el biólogo va en busca de nuevas especies a lugares remotos porque, en realidad, no se gusta cuando está rodeado de gente; y el misterioso inventor le teme al inevitable dolor del contacto con los demás y hace de su aislamiento una armadura. El protagonista es un protagonista mutante (con el mismo nombre: Juan) al que una mujer conecta con el mundo (Una, Elsa, Nora), y que siempre acaba librando una batalla que es una batalla con la idea misma de la soledad, que, en un momento, es una anaconda moribunda. ¿El resultado? Un valiente, a ratos arriesgado, elevadísimo —hay fatiga y desorientación en la parábola del eremita—, de ritmo inquietante, claustrofóbico —el infierno es un helicóptero sin piloto—, y perverso —la porno red social Revival—, ejercicio de aproximación a la figura de un Robinson Crusoe que nunca naufragó sino que se instaló él mismo, a conciencia, en la isla desierta.



El silencio y los crujidos

Jon Bilbao
Impedimenta, 2018
240 páginas. 20,50 euros